

caminos 

desclée

Thomas

MERTON

**ORAR LOS
SALMOS**

2ª edición



Desclée De Brouwer

THOMAS MERTON

ORAR LOS SALMOS

2ª edición

DESCLÉE DE BROUWER
BILBAO - 2005

ÍNDICE*

I	9
II	13
III	17
IV	21
V	27
VI	33
VII	41

* En el autógrafo original de Thomas Merton las siete reflexiones o meditaciones que forman el presente libro no están numeradas ni llevan título. La numeración que se añade en esta edición quiere únicamente servir de guía o ayuda para el lector. Para más información sobre el origen y el significado de *Orar los Salmos* en el conjunto de la obra mertoniana, véase el artículo de Christine M. Bochen, *Praying the Psalms*, en (William H. Shannon – Christine M. Bochen – Patrick F. O’Connell [eds.]) *The Thomas Merton Encyclopedia*, Orbis Books, New York 2002, pp. 367-368. [Nota de la traductora].

I

¿Por qué los salmos han sido siempre para la Iglesia su más perfecto libro de oración? ¿Cómo se explica que los salmos hayan llegado a constituir la mayor parte del Oficio que recitan sus sacerdotes y religiosos? ¿Por qué también el laico cristiano debería valerse de los salmos y utilizarlos en su oración a Dios?

¿Ama la Iglesia los salmos sencillamente porque son antiguos y venerables poemas religiosos? ¿Únicamente por un rechazo conservador del cambio? ¿O los utiliza porque es lo que Dios le ha ordenado? ¿Los canta simplemente porque son la palabra revelada por Dios?

En realidad, a la Iglesia le gusta lo que es viejo, no por ser viejo, sino más bien porque es «joven». En los salmos bebemos la alabanza divina en su fuente pura e inmaculada, en toda su sinceridad y perfección primigenia. Retornamos a la franqueza y el vigor juvenil con que los antiguos salmistas expresaron su adoración al Dios de Israel. Su adoración se intensificó por los inefables acentos del nuevo descubrimiento, pues los salmos son cantos de seres humanos que *conocieron quién era Dios*. Para que podamos orar bien, tenemos que descubrir también nosotros al Señor a quien hablamos. Y si recurrimos a los salmos en nuestra oración, tendremos

una mayor oportunidad de participar del descubrimiento que yace escondido en sus palabras para todas las generaciones. Porque Dios quiso revelarse a nosotros en el misterio de los salmos.

Los salmos no son únicamente la palabra revelada por Dios; y tampoco son sólo las palabras que, según Él mismo nos ha indicado, le complace que le dirijamos. La Iglesia no ama el Salterio simplemente porque le ha sido impuesto desde fuera, por un mandato divino. El Salterio está íntimamente unido a las fuentes de su propia vida. Los salmos no son únicamente los cantos de profetas inspirados por Dios, sino los cantos de toda la Iglesia, la verdadera expresión de su más profunda vida interior. Las palabras y los pensamientos de los salmos brotan no sólo de la inescrutable profundidad de Dios, sino también del íntimo corazón de la Iglesia, y no hay otros cantos que expresen mejor su espíritu, sus deseos, sus anhelos, sus tristezas y sus alegrías.

La razón por la que la Iglesia ama los salmos no es, por lo tanto, únicamente que Dios se los ha enviado desde su remoto cielo, sino que el mismo Dios se ha dado a ella en ellos, como si de un sacramento se tratara. La Iglesia se complace en cantar, una y otra vez, los cánticos de los antiguos salmistas porque en ellos canta su conocimiento de Dios, su unión con Él.

Ahora bien, Dios se nos ha dado en Cristo. Los salmos están llenos de la Palabra encarnada. Y esto significa no sólo que David es «tipo» de Cristo, sino que todo el Salterio ha sido visto siempre por la Iglesia, en su liturgia, como si fuera un sumario y compendio de todo lo que Dios ha revelado. En otras palabras: los salmos contienen en sí mismos todo el Antiguo y el Nuevo

Testamento, todo el Misterio de Cristo. Al cantar los salmos todos los días, la Iglesia canta, por consiguiente, el himno nupcial de su unión con Dios en Cristo.

Digámoslo con más claridad aún: la Iglesia ama los salmos porque en ellos canta su experiencia de Dios, su unión con la Palabra encarnada, su contemplación de Dios en el Misterio de Cristo.

La Iglesia recomienda los salmos a sus sacerdotes, a sus monjes y monjas, y también a sus laicos, con el fin de que puedan tener «la mente de Cristo», para que desarrollen una vida interior que sea verdaderamente la vida de su Madre, la Iglesia. El hecho de cantar los salmos, de meditarlos, amarlos y usarlos en todos los momentos de nuestra vida espiritual, nos capacita para entrar más profundamente en esa participación activa en la liturgia que es la clave para una vida interior más honda y más verdadera. Si realmente llegamos a conocer y amar los salmos, nos adentraremos en la experiencia que la Iglesia tiene de las cosas divinas. Empezaremos a conocer a Dios como debemos. Por esta razón la Iglesia cree que los salmos son el mejor modo posible de alabar a Dios.

II

¡Alabar a Dios!

¿Sabemos qué significa alabar, adorar, dar gloria?

Hoy día «alabar» no cuesta nada. Todo es alabado. El jabón, la cerveza, la pasta de dientes, los vestidos, los enjuagues bucales, las estrellas de cine, todos los últimos aparatos que, se supone, hacen la vida más cómoda... todo «es alabado» constantemente. Se han exagerado tanto las alabanzas que todo el mundo está harto de ellas, y desde que todo «es alabado», con el falso entusiasmo del locutor de radio, resulta que, al fin y al cabo, *nada* es alabado. La alabanza se ha convertido en algo vacío. Realmente nadie quiere alabar.

¿Ha quedado algún superlativo para Dios? No, todos se han derrochado en los alimentos y las falsas medicinas. No ha quedado ninguna palabra para expresar nuestra adoración al único que es Santo, al único que es Señor.

Así las cosas, acudimos a Él para pedirle ayuda y que nos libre del castigo, para decirle entre dientes que necesitamos un empleo mejor, más dinero, más cosas de esas que son alabadas por la publicidad. Y nos sorprende que nuestra oración esté con tanta frecuencia muerta –cuando en realidad sólo existe, sólo llega a ser

urgente por el hecho de que necesitamos esas cosas tan malamente.

Pero en realidad no pensamos que necesitamos a Dios. O, cuando menos, pensamos que no tenemos necesidad de alabarlo.

Es muy posible que nuestra falta de interés por los salmos oculte una falta secreta de interés por Dios. Si no tenemos ningún interés real por alabarlo, esto pone de manifiesto que nunca hemos tomado conciencia de quién es Él. Porque cuando una persona llega a ser consciente de quién es Dios realmente, y cuando comprende que Aquel que es Todopoderoso, e infinitamente Santo, ha «hecho obras grandes en nosotros», la única reacción posible es el grito de júbilo, casi inarticulado, que irrumpe desde lo más hondo de nuestro ser en el asombro ante la tremenda e inexplicable bondad de Dios para con los seres humanos. Todos los salmos son expresión de esos gritos: gritos de admiración, júbilo, angustia o alegría. Este carácter específico de la pasión de los salmos hace que algunos de ellos parezcan inconexos e irracionales. Su espontaneidad los convierte en cantos sin estructura, porque no son fotografías de un éxtasis.

Al mismo tiempo los salmos son, sin embargo, rudos y sobrios. Sus emociones están controladas, y este mismo control aumenta su intensidad. Si añadimos a esto la sobriedad aún más evidente con que la Iglesia usa el Salterio, descubriremos que el enorme impacto de los salmos se esconde en un nivel espiritual muy profundo, y que hemos de orar en este nivel para poder sentirlo de algún modo.

Decir que los salmos son profundos no equivale a decir que son esotéricos. No es preciso que seamos per-

sonas excepcionales para apreciarlos. Basta que seamos personas sanas y sencillas, con mucha fe y suficientemente libres de los gustos y prejuicios de nuestro tiempo, para poder apreciar las imágenes de otra raza y de otro tiempo. Tenemos que ser, en cierta medida, «orientales».